

investigaciones. Respecto al carácter monográfico de la obra, hay que señalar que algunos capítulos abordan de forma muy tangencial la hermenéutica ecológica bíblica y, quizás, deberían haber sido incluidos en una colección distinta. Otro aspecto que resultaría interesante en el futuro sería establecer un diálogo más explícito con el conjunto de ciencias sociales que están prestando una atención creciente al reto de la sostenibilidad.

Por último, uno de los aspectos más valiosos de esta obra es la extensa y excelente bibliografía final. Sin duda, será una guía útil y cualificada para quienes se adentren en el ámbito de la hermenéutica ecológica bíblica ayudando a dilucidar el potencial del texto sagrado para establecer un diálogo con las urgentes cuestiones socioambientales contemporáneas. La Escritura, en la tradición católica, posee un lugar preeminente como lugar teológico. Su relectura informada permitirá fundamentar una teología de la creación y una ética ambiental capaces de responder a los complejos y acuciantes retos que enfrentamos. La exploración de la hermenéutica ecológica bíblica, en definitiva, no es un simple ejercicio académico. Al contrario, es el motor de una reflexión teológica que deberá luego traducirse en iniciativas pastorales, espirituales y educativas. Como todo motor, a menudo permanece invisible, pero no por ello podemos dejar de valorar su importancia y carácter estructural para la praxis de una vida cristiana a la altura de nuestra época.

JAIME TATAY

Facultad de Teología, Universidad Pontificia Comillas  
jtatay@comillas.edu

Marín Mena, Tomás J. *Alteridad y amor. Estudio de ontología trinitaria.*

Salamanca: Secretariado Trinitario, 2023, 372 pp. ISBN: 978-84-18201-06-6.

La relación entre la filosofía y la teología no ha sido —ni es— siempre fácil, pero ambas disciplinas tienen mucho que ofrecerse para ayudarse a crecer. Los desafíos que surgen de un discurso diferente sacan a menudo de la propia zona de confort, pero posibilitan forjar un pensamiento más maduro y menos ingenuo.

Tomás Marín ha estudiado y cultivado ambas disciplinas y en esta obra —*Alteridad y amor. Estudio de ontología trinitaria*—, si bien reflexiona desde el punto de vista teológico, quiere hacerlo incorporando un diálogo profundo con la filosofía. Hablar de una ontología trinitaria viene posibilitado por el hecho de que el Dios uno y trino se ha revelado; de lo contrario, poco podríamos decir sobre él. No obstante, pensar dicha revelación requiere el uso del concepto y, por lo tanto, una aproximación filosófico-teológica con la que dar cuenta de ella. Dicho de otro modo: el Dios que se nos ha revelado como Trinidad, y que intentamos expresar de la manera más cabal posible para hacerle justicia (teología), nos abre una forma nueva de entender el ser y de la cual surge un posicionamiento crítico

(ontología trinitaria) frente a otras formas de pensar el ser (de raíz filosófica o teológica), tanto humano como divino.

El libro está dividido en una introducción y diez capítulos precedidos de un prólogo y seguidos de un epílogo. En el prólogo (para mi gusto, bastante largo), Xabier Pikaza recuerda algunas de sus intuiciones sobre teología trinitaria, expone parte de su propio recorrido intelectual en torno a estas cuestiones y establece un breve diálogo amable y crítico con Marín Mena. Por su parte, este responde en el epílogo con el mismo talante respetuoso y sincero a algunas de las cuestiones planteadas por Pikaza e intenta clarificar su postura a raíz de ellas. Aunque menos que el prólogo, el epílogo también resulta algo extenso para ser un epílogo; si bien es verdad que puede resultar interesante ver el intercambio entre ambos teólogos de distintas generaciones con un mismo tema en común.

Los capítulos están agrupados en cuatro partes que ayudan a hacerse cargo del recorrido planteado por el autor. En la primera, titulada «Ontologías relacionales de la inmanencia y la violencia: la modernidad filosófica poscristiana», Marín dialoga con Hegel y su ontología dialéctica (cap. 1) y seguidamente con la ontología de la diferencia de Deleuze (cap. 2). A su juicio, en ambos autores hay varios déficits a la hora de pensar la alteridad, el amor y la trascendencia que los posibilita, aunque transitan caminos diferentes. Hegel, pese a que parte de los supuestos cristianos, no es capaz de pensar cabalmente la alteridad como trascendencia, que termina supeditando a su sistema filosófico, ni la vida en común sin recurrir a términos violentos de oposición. Por su parte y con el fin de defender filosóficamente la diferencia, Deleuze encierra al ser humano en la inmanencia, negando por principio cualquier apertura a la trascendencia, y con ello, a la alteridad y el amor verdaderos.

La segunda parte está dedicada a las «Ontologías de la alteridad y la trascendencia: la filosofía judía del siglo XX». El capítulo tercero pone en valor la ontología antitotalitaria de Rosenzweig, mientras que el cuarto se centra en la relación interpersonal de la mano de Martin Buber (Yo-Tú) y Simone Weil (la amorosa distancia) y el quinto subraya la asimetría de la alteridad como llamada infinita del pobre y el extraño, basándose en Levinas (en contraposición con Heidegger). Aunque es también crítico con estos autores, Marín valora bastante más su aportación que la de los filósofos previos. Ve en ellos muchos elementos positivos que, si bien no son suficientes para un teólogo cristiano, apuntan hacia el camino adecuado: la lucha contra el totalitarismo, la visión dialógica de la realidad, la importancia de la alteridad en la relación de amor, la responsabilidad ante el otro, etc.

Sigue una parte dedicada al estudio de dos teólogos contemporáneos, Ioannis Zizioulas y Gilbert Greshake, que intentan conjugar la alteridad y la comunión desde la teología trinitaria. Les dedica sendos capítulos, que son los más largos de todo el libro. Mientras que el primero parte del Padre como el origen ontológico (no cronológico) de la Trinidad y defiende la clásica *taxis* intratrinitaria, el segundo defiende un paradigma de reciprocidad, dando así más relevancia a la comunión.

El acierto de *Alteridad y amor* es que explica con mucha claridad y matices las diferencias entre ambas posturas, al tiempo que muestra su legitimidad y trata de ponerlas en diálogo.

La cuarta parte es la más personal. En ella el autor ofrece, en primer lugar, una síntesis del camino recorrido, que resulta muy útil para recapitular de forma más breve y concentrada todas las conclusiones que ha ido sacando a lo largo de la obra (cap. 8). Después (cap. 9), trata “Sobre la vida interior de Dios”. En este capítulo rescata parte del debate entre Greshake y Zizioulas y encuentra un modo de conciliación entre ambas posturas. Además, plantea «tres principios sobre las relaciones intratrinitarias en diálogo con la cuestión filosófica del don: alteridad personal, donación gratuita de amor y reciprocidad comunal». Son los tres pilares que a su juicio debe tener la ontología trinitaria. Por último (cap. 10), extrae varias líneas existenciales de dichos pilares de la ontología trinitaria, añadiendo a los tres anteriores «La cruz como extremo del amor». En estas últimas páginas intenta mostrar la relevancia antropológica y actual de las reflexiones teológicas previas.

*Alteridad y amor* es un libro de mucha profundidad filosófica y teológica. Marín tiene mucha finura para los matices y para el diálogo crítico con otras posturas, rescatando siempre lo que considera valioso de otros pensamientos, pero mostrando también los puntos débiles que detecta en ellos. Me parece que, trasladando al lector la libertad con la que piensa los temas, al mismo tiempo transita las diversas cuestiones con un talante muy tradicional, en el mejor sentido de la palabra: con la consciencia de que recibimos un tesoro al que hay que ser fieles, pero que debemos seguir redescubriendo y actualizando.

Que el diálogo incluya no solo a teólogos, sino también a bastantes filósofos, es otro acierto del libro que pone de relieve el interés de su autor de que la teología no sea autorreferencial, sino que pueda y sepa dialogar con otras propuestas racionales. Además, como muestra acertadamente al final del libro, cómo pensemos este tema tiene hondos repercusiones antropológicas y sociales.

Si bien el texto está bien escrito y es muy preciso, es cierto que a veces se hace un poco denso y que abundan los párrafos muy extensos. El contenido, que es muy bueno, ganaría quizá con un lenguaje más fluido, sencillo y directo en algunas ocasiones; también hay que reconocer que manejar tantos autores y conceptos y hacerlo con precisión no siempre lo pone fácil para tener esto en cuenta.

Me gustaría terminar con dos cuestiones que me hubiera gustado ver tratadas y que entiendo, tras leer la obra, que no era el objetivo ni el lugar para hacerlo, pero que sería interesante abordar más adelante. En primer lugar, desarrollar la cuestión cristológica (y la pneumatológica) en relación con la trinitaria. Marín lo apunta en diversas ocasiones, aunque no lo desarrolla del todo. En relación con esto, me parece sugerente que la cruz aparezca en el último capítulo, y me pregunto por un desarrollo pascual de la teología trinitaria a la que aquí se nos invita.

En segundo lugar, la insistencia a raíz de los filósofos judíos (especialmente Levinas) en la asimetría respecto a la alteridad del otro me hace preguntarme

por el amor propio. ¿Podría fundamentar la ontología trinitaria una comprensión adecuada del amor propio, sin caer en el egocentrismo? Me inquieta lo mismo que a Miguel de Unamuno: «¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!», se nos dijo, presuponiendo que cada cual se ame a sí mismo; y no se nos dijo: “¡Ámate!” Y, sin embargo, no sabemos amarnos» (*Del sentimiento trágico de la vida*. 7.<sup>a</sup> ed. Madrid: Alianza, 2008, p. 64). Y me parece, además, que es un tema de plena actualidad. La entrega comunal no puede ser la excusa para el autodesprecio; más bien debe posibilitar un amor sano hacia uno mismo.

Coincido con el autor en que la inquietud sobre el amor, sobre el modo adecuado de relacionarnos, es central, hoy y siempre. Más todavía sabiendo que Dios es Amor. *Alteridad y amor* es una aportación interesante, filosófica y teológicamente, para seguir meditando un tema que no tiene fin.

MARTA MEDINA BALGUERÍAS

Facultad de Teología, Universidad Pontificia Comillas  
mmedina@comillas.edu

Schmemmann, Alexander. *El bautismo. Ensayo de teología litúrgica sobre el sacramento del agua y del Espíritu*. Salamanca: Sígueme, 2024, 190 pp. ISBN: 978-84-301-2191-5.

La reivindicación actual de una Iglesia más sinodal nos está llevando a tomar conciencia de la importancia del bautismo como elemento común y configurador de todos los cristianos. Por el bautismo somos incorporados a Cristo y a su Iglesia y de ahí nace nuestra vocación cristiana que, si bien presenta divergencias en los estados de vida, carismas y misiones, es en esencia la misma vocación bautismal de ser, con y en Cristo, sacerdotes, profetas y reyes. De ahí que las reflexiones teológicas sobre el significado profundo del bautismo, como este libro, sean tan relevantes hoy.

Schmemmann fue un sacerdote ortodoxo casado nacido en Estonia, que vivió con su familia en Francia y posteriormente en Nueva York. En ambos lugares se dedicó a la enseñanza de la teología. Fue nombrado además protopresbítero de la Iglesia ortodoxa y participó como observador en el Concilio Vaticano II. Schmemmann escribió este ensayo sobre el bautismo hace 50 años en inglés, y recién ha visto la luz en castellano en esta edición de Sígueme. En los últimos años, esta editorial ha traducido y publicado otras cuatro obras del autor, en su mayoría relacionadas con la teología litúrgica, sobre la que Schmemmann estudió, reflexionó, enseñó y publicó durante toda su vida.

La obra está dividida en cinco capítulos, precedidos de una introducción y seguidos de una conclusión y una selección bibliográfica. En la introducción Schmemmann anima a redescubrir el bautismo como algo esencial en la vida de fe: «es esta comprensión más completa del misterio fundamental de la fe cristiana